

á Abasolo, el heroísmo de Guerrero, vílmente sacrificado más tarde, el valor de Pipila, que con una loza en la espalda se acerca entre una lluvia de balas á quemar la puerta de la Alhóndiga de Granaditas en Guanajuato y la sublime abnegación de la Corregidora de Querétaro D.^a Josefa Ortíz de Domínguez, que obliga al inmortal Hidalgo á apresurar la realización de su propósito y dar el grito de Independencia.

Y canto también á los que lucharon algunos lustros más tarde contra la intervención francesa y el imperio, que bien supo mi amado padre que estas fueron mis ideas desde niño y que nunca ofenderé su memoria, pues si él pudo equivocarse acaso en la elección de una política monárquica, y figuró en ella, tan grandes fueron su honradez y su firmeza de convicciones, que venerando la primera, respeto la segunda. Me educó en una escuela de libertad de pensar tan amplia que jamás me reprendió mi devoción por el gran Juárez, ni por las leyes que este Benemérito firmó con mano de bronce y que al correr de los años salvaron la causa de la República.

Son estos versos, incorrectos, escritos las más veces al vuelo para las festividades patrióticas para conmemorar acciones más ó menos brillantes en la historia y para describir hechos y sitios que ofrecen interés general en el transcurso de los tiempos.

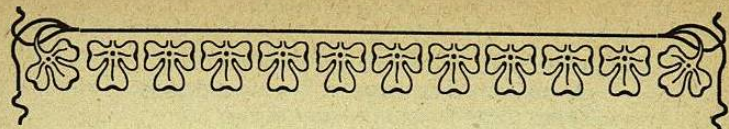
Y canto también á varios que aún viven porque son dignos de encómio, y para que no se me juzgue adulador ni lisoniero, puedo grabar en la primera hoja de este libro lo que me nace del fondo del alma:

«Creo hacer justicia á quienes la merecen, alentando á los que me lean á otorgársela también, ó cuando menos á que reconozcan que son acreedores á ella».

Y ya es mucho decir sobre una obra propia que se verá bien premiada si en algun lector de extraña tierra enciende simpatías por esta mía, en la que el sol americano alumbró ayer campos llenos de sangre y hoy los ilumina radiantes de paz, de prosperidad, cruzados por millares de líneas ferreas que llegan á los puertos y á las fronteras para traer á las Capitales de sus veintisiete Estados á todos los que buscan trabajo honrado y existencia tranquila!

México 26 de Agosto de 1904.

JUAN DE DIOS PEZA.



COLÓN É ISABEL

Á EVARISTO FOMBONA.

Cantar á ese gigante soberano
Que al soplo de su espíritu fecundo
Hizo triunfar el pensamiento humano
Arrebatando al mar un nuevo mundo;
Cantar al que fué sabio entre los sabios,
Cantar al débil que humilló á los grandes,
Nunca osarán mi lira ni mis labios.
Forman su eterno pedestal los Andes,
El Popocatepétl su fe retrata,
Las pampas son sus lechos de coronas,
Su majestad refleja el Amazonas,
Y un himno á su poder tributa el Plata.

No es la voz débil que al vibrar espira,
La digna de su nombre ¿puede tanto
La palabra fugaz...? ¿Quién no lo admira?
La mar, la inmensa mar, esa es su lira,
Su Homero el sol, la tempestad su canto.

Quando cual buzo audaz, mi pensamiento
Penetra del pasado en las edades,
Y mira bajo el ancho firmamento
De América las vastas soledades:
El inca dando al sol culto ferviente,
El araucano indómito y bravío,
El azteca tenaz que afirma el trono,

Adunando al saber el poderío:
 ¡A cuántas reflexiones me abandono!...
 Todas esas sábanas calentadas
 Por la luz tropical, llenas de flores,
 Con sus bosques incultos, y sus selvas
 Llenas de majestad; con sus paisajes
 Cerrados por azules horizontes,
 Sus montes de granito,
 Sus volcanes de nieve coronados,
 Semejando diamantes engarzados
 En el esmalte azul del infinito;

Las llanuras soberbias é imponentes,
 Que puebla todavía
 En la noche sombría
 El eco atronador de los torrentes;
 Los hondos ventisqueros,
 Las cordilleras siempre amenazantes,
 Y al aire sacudiéndose arrogantes,
 Abanicos del bosque, los palmeros;
 No miro con mi ardiente fantasía
 Sólo una tierra virgen que podría
 Ser aquel legendario paraíso
 Que sólo Adán para vivir tenía;
 Miro las nuevas fecundantes venas
 De un mundo á grandes fines destinado,
 Con su Esparta y su Atenas,
 Tan bello y tan feliz como ignorado.
 Para poder cantarlo, busca el verso
 Una lira con cuerdas de diamante,
 Por único escenario el Universo,
 Voz de huracán y aliento de gigante.

Que destrence la aurora
 Sus guedejas de rayos en la altura:
 Que los tumbos del mar con voz sonora
 Pueblen con ecos dulces la espesura:
 Que las aves del trópico, teñidas
 Sus alas en el iris, su contento
 Den con esas cadencias tan sentidas
 Que van de selva en selva repetidas
 Sobre las arpas que columpia el viento,
 Venid conmigo á descorrer osados
 El velo de los siglos ya pasados.

Tuvo Don Juan Segundo
 En Isabel de Portugal, la bella,
 Un ángel, que más tarde fué la estrella
 Que guió á Colón á descubrir un mundo.
 El claro albor de su niñez tranquila
 Se apagó en la tristeza y en el llanto:
 En el triste y oscuro monasterio
 Donde, envuelta en el luto y el misterio,
 Fué Blanca de Borbón á llorar tanto;
 Allí Isabel fortaleció su mente,
 Y aquel claustro de Arévalo imponente
 Fe le dió para entrar al mundo humano;
 Dió vigor á su espíritu intranquilo;
 Fué su primer asilo soberano,
 Cual la Rábida fué primer asilo
 Del Vidente del mundo americano.

Muerto Alfonso, su hermano,
 En el convento de Avila se encierra,
 Y hasta allí van los grandes de la tierra,
 Llenos de amor á disputar su mano.
 Ella da el triunfo de su amor primero
 A su igual en grandeza y en familia,
 Al que, rey de Sicilia,
 Es de Aragón el príncipe heredero.
 A tan gentil pareja
 Con ensañado afán persigue y veja
 De Enrique Cuarto la orgullosa Corte;
 Perc palpita el alma castellana
 Que de Isabel en la gentil persona,
 Más que la majestad de la corona,
 Ve la virtud excelsa y soberana.
 La España en Guadalete decaída,
 Y luego en Covadonga renacida,
 No vuelve á unirse, ni por grande impera,
 Hasta que ocupa, sin rencor ni encono,
 De Berenguela y Jaime el áureo trono,
 El genio augusto de Isabel Primera!
 Grande en su sencillez, es cual la aurora
 Que al asomarse, todo lo ilumina;
 Humilde en su piedad, cual peregrina
 Va al templo en cada triunfo, y reza, y llora;
 Nada á su gran espíritu le agobia:
 Desbarata en Segovia

La infiel conjuración; libra á Toledo;
 Fija de las costumbres la pureza;
 El crimen blasonando en la nobleza
 Castiga, vindicando al pueblo ibero:
 Por todos con el alma bendecida,
 Por todos con el alma idolatrada,
 Rinde y toma vencida,
 Edén de amores, la imperial Granada.
 Dejadme que venere
 A esa noble mujer.... Llegóse un día
 En que un errante loco le pedía,
 Ya por todos los reyes desdeñado,
 Buscar un hemisferio, que veía
 Allá en sus sueños por el mar velado.
 No intento escudriñar el pensamiento
 Del visionario que á Isabel se humilla.
 ¿La América es la Antilla
 En que soñó Aristóteles? ¿La Atlántida
 Que Platón imagina en su deseo,
 Y menciona en su diálogo el Timéo?
 ¿Escandinavos son los navegantes
 Que cinco siglos antes
 De que el insigne genovés naciera,
 Fijo en Islandja su anhelar profundo,
 Al piélago se arrojan animados,
 Y son por ruda tempestad lanzados
 A la región boreal del Nuevo Mundo...?
 ¡Yo no lo sé! Se ofusca la memoria
 Entre la noche de la edad pasada;
 Sólo hay tras esa noche una alborada:
 Isabel y Colón: ¡La Fe y la Gloria!

¡Cuántos hondos martirios, cuántas penas
 Sufrió Colón! ¡El dolo y la perfidia
 Le siguen por doquier! La negra envidia
 Al vencedor del mar puso cadenas!
 Maldice á Bobadilla y á Espinosa
 La humanidad que amamantarlos plugo;
 El hondo mar con voz estrepitosa
 Aún grita maldición para el verdugo!
 El mundo descubierto,
 A hierro y viva sangre conquistado,
 ¿Fué solamente un lóbrego desierto?

¿Vive? ¿palpita? ¿crece? ¿ha progresado?
 ¡Ah, sí! Tended la vista.... Cien naciones,
 Grandes en su riqueza y poderío,
 Responden con sonoras pulsaciones
 Al eco tosco del acento mío.
 El suelo que Cortés, airado y fiero,
 Holló con planta osada,
 Templando lo terrible de su espada
 La dulzura y bondad del misionero;
 Cual tuvo un Cuauhtemoc, que al mundo asombra,
 Tuvo después cien héroes: un Hidalgo,
 Cuya palabra sempiterna vibra;
 Un Morelos, en genio esplendoroso;
 Un Juárez, el coloso
 Que de la Europa y su invasión nos libra!
 Bolívar, en Santa Ana y Carabobo,
 Y en Ayacucho Sucre, son dos grandes,
 Son dos soles de América en la historia,
 Que tienen hoy por pedestal de gloria
 Las cumbres gigantescas de los Andes.
 ¡Junín! el solo nombre
 De esta epopeya mágica engrandece
 El lauro inmarcesible de aquel hombre,
 Que un semidiós al combatir parece.
 Sucre, Silva, Salom, Córdoba y Flores,
 Colombia, Lima, Chile, Venezuela,
 En el Olimpo para todos vuela
 La eterna fama, y con amor profundo
 La ciñe eterna y fúlgida aureola:
 ¡Gigantes de la América española,
 Hoy tenéis por altar al Nuevo Mundo!
 Ningún rencor nuestro cariño entraña:
 Del Chimborazo, cuya frente baña
 El astro que á Colombia vivifica,
 A la *montaña estrella*
 Que frente al mar omnipotente brilla,
 Resuena dulce, sonora y bella
 El habla de Castilla:
 Heredamos su arrojo, su fe pura,
 Su nobleza bravía.
 ¡Oh, España! juzgo mengua
 Lanzarte insultos con tu propia lengua;
 Que no cabe insultar á la hidalguía.
 En nombre de Isabel, justa y piadosa,

En nombre de Colón, ningún agravio
 Para manchar tu historia esplendorosa
 Verás brotar de nuestro humilde labio.
 ¡A Colón á Isabel el lauro eterno!
 Abra sus áureas puertas el Olimpo,
 Y ofrezca un trono á su sin par grandeza:
 Resuene en nuestros bosques el arrullo
 Del aura errante entre doradas pomas:
 Las flores en capullo
 Denles por grato incienso sus aromas:
 El volcán, pebetero soberano,
 Arda incesante en blancas aureolas,
 Y un himno cadencioso el mar indiano
 Murmure eterno con sus verdes olas.
 El universo en coro
 Con arpas de cristal, con liras de oro,
 Al ver á los latinos congregados,
 Ensalce ante los pueblos florecientes
 Por la América misma libertados,
 Aquellos genios, soles esplendentes
 De Colón é Isabel, y con profundo
 Respeto santo y con amor bendito,
 Libre, sereno, eterno, sin segundo,
 Resuene sobre el Cosmos este grito:
 ¡Gloria al descubridor del Nuevo Mundo!
 ¡Gloria á Isabel, por quien miró cumplida
 Su gigantesca empresa soberana!
 ¡Gloria, en fin, á la tierra prometida
 La libre y virgen tierra americana!

HIDALGO

Mártir de tu conciencia! nuestra historia
 Bañada está en la luz de tu grandeza;
 El pueblo cambió en culto tu memoria,
 Y las canas que ornaban tu cabeza
 En hojas de laurel tornó la gloria.

Si con mundos de luz tu santo nombre
 En el cielo de México está escrito,
 Que vele al pueblo y al tirano asombre;
 Para ser libre te bastó ser hombre,
 Para ser inmortal te bastó un grito.

Ahora venimos á tu altar trayendo
 De respeto y amor eternas flores,
 Tu muerte y tus martirios bendiciendo;
 Miranos.... con el alma repitiendo
 Las divinas palabras de Dolores.

Feliz aquel á quien el mundo llame
 El cantor de tu gloria, noble anciano;
 Labio feliz el que tu nombre aclame;
 ¡Feliz todo el que en tí venere y ame
 Al *Redentor* del pueblo mexicano!